

PUBLICACIONES *Cinema*

KENT  
TAYLOR

c50  
PTAS.

ARLINE  
JUDGE  
*en*



 Escandalo  
ESTUDIANTIL

# **Escándalo Estudiantil**

BASADA EN LA PELICULA DEL MISMO NOMBRE

DIRIGIDA POR

**ELLIOTT NUGENT**

OO

Es un Film **PARAMOUNT**

DISTRIBUIDO POR

**PARAMOUNT FILMS, S. A.**

Paseo de Gracia, 91

BARCELONA

Argumento narrado por  
**PUBLICACIONES CINEMA**

PRINCIPALES INTÉPRETES:

ARLINE JUDGE  
KENT TAYLOR

WENDY HARRIE

WILLIAM FRAWLEY

WILLIAM BENEDICT

---

PROHIBIDA LA  
REPRODUCCIÓN

---

## ESCANDALO ESTUDIANTIL

ARGUMENTO DE LA PELICULA

---

Como cada año, los estudiantes preparaban la fiesta de fin de curso. Cada uno de ellos tenía a su cargo una misión y todos la cumplían con aquel ardor que sólo la juventud sabe dar. Todos trabajaban ahincadamente poniendo de su parte lo mejor de sí, para que la fiesta revistiera los caracteres de solemnidad que tenía todos los años.

Las muchachas se habían prestado gustosas a tomar parte en la representación teatral y los muchachos que no tomaban parte en ella se dedicaban a escribir la letra de la comedia, otros a componer la música del baile, aquellos a editar los programas, y a preparar los discursos. No había tregua ni sosiego para ninguno de ellos y toda la Universidad bullía en un conjunto de voces, de animación, de risas, de entusiasmos.

Daniel, Jack y Paul forman un grupo de inseparables. Años anteriores aquella peña estaba compuesta por cuatro estudiantes, pero Dick Penfield había muerto hacía algunos años y los tres muchachos, después de haber llorado a su amigo durante algún tiempo, se habían ido olvidando poco a poco de él, aunque en sus recuerdos y conversaciones surgía muchas veces la imagen del amigo muerto.

Daniel, Jack y Paul no se separaban nunca, no tenían secretos entre ellos, no podían hacer nada sin consultarse el uno al otro, como si cada uno de ellos formara parte de una sola persona.

También se unía a esa peña Seth Dunlap, el profesor de Química, muchacho recién salido de la Universidad y que

en la Universidad se había quedado para ocupar una cátedra tan pronto como había terminado sus estudios. Seth Dunlap tenía una hermana menor que estudiaba ahora los mismos cursos que él había estudiado antes, una chiquilla traviesa y revoltosa que muchas veces le hacía salir los colores en plena clase con una de sus guasas o con alguna de sus diabluras. Seth era serio, sesgado, tranquilo, mientras su hermanita era todo nervio, vivacidad, dinamismo.

A Sally le gustaba embromar a su hermano y le gustaba hacerle rabiar un poquitín. Por la Universidad corría la voz de que el serio profesor de Química estaba enamorado de Julia Fresnel, la hija del Director de la Universidad, y Sally no perdía ocasión para hablar de ello a su hermano que rehuía las alusiones y que procuraba disimular tanto cuanto estaba en su poder aquel amor que apenas nacía en su corazón.

Pero la chiquilla no se daba por enterada del enojo de su hermano y fomentando aquel amor con todo entusiasmo, porque no quería que Julia Fresnel le robara el hombre al que ella había elegido en lo más callado de su corazón: Jack Lansig al que rodeaba y vigilaba de cerca para que nadie se lo pudiera usurpar.

Jack se hace un poco el desentendido, se deja querer y procura flirtear con las chicas mayores, porque a él, según ha afirmado mil veces, no le gustan las chiquillas.

—Soy casi tan mayor como Julia Fresnel —afirma Sally cada vez que le dice que no es más que una niña. Y se muerde los labios para no estallar de rabia.

Jack se ríe un poco de la pequeña Sally y se dedica por entero a flirtear con Julia Fresnel, a la que le gusta mucho la embromen los muchachos y que siempre encuentra unos momentos para charlar con cualquiera de ellos.

Sally será el alma de la fiesta que se prepara, porque entre todas las muchachas de la Universidad es la más animada, la más decidida, la más resuelta, la que mejor se presta para hacer todos los papeles. Hoy ha acudido al despacho de Daniel, de Dan, como le llaman todos sus compañeros, para instarle que precipite la edición de los programas, pues la fiesta se está avecinando y no logran poner en marcha aquel tinglado que ellos han armado y que les da más trabajo que los estudios de todo el curso.

Dan la ha recibido en su despacho muy amablemente, le

ha prometido hacer cuanto pueda, le ha dicho que la fiesta resultaría brillantísima, asegurándole que su triunfo será absoluto. Sally ha salido muy satisfecha del despacho de Dan, pero Dan se ha quedado solo, ha sentido un malestar extraño, una extraña pesadez en la cabeza y de pronto, como si algo muy agudo se clavara en su espalda. Y Dan ha caído de bruces sobre la alfombra del pavimento.

Unos segundos más tarde otro estudiante que viene a mostrarle unas pruebas de imprenta, encuentra a Dan muerto en medio de su despacho y da la voz de alarma.

Acuden todos a auxiliarle. El Director no permite tocar el cadáver. Viene el médico de la Facultad y más tarde el forense. No es posible diagnosticar. ¿Un ataque al corazón? ¿Una angina de pecho? ¿Una parálisis fulminante? Los médicos dudan, mueven la cabeza dubitativamente.

—Es preciso hacer la autopsia — dicen.

El cadáver es retirado y los estudiantes marchan cada uno a su pabellón llevando en el alma una extraña tristeza. La muerte de Dan, en el momento en que iba a celebrarse la gran fiesta de final de curso, viene a poner su nota negra en aquella preciosa baránda de alegrías, de colores, de risotadas infantiles y de dulces proyectos de juventud.

Sally Dunlap piensa en Dan. Ella ha sido la última en verle en su despacho, bueno y sano. Y se acuerda que sobre la mesa auxiliar había dos tazas de té y que ella le había embromado:

—Te para dos? — le había preguntado.

—Sí, ha estado aquí Julia Fresnel — había dicho Dan. Y luego le había mostrado su correspondencia numerosa y una carta que acababa de recibir de Nueva York, escrita a máquina, de una gran admiradora suya que le pedía un autógrafo. Nada más.

Sally sabe que la muerte de Dan ha sido producida por envenenamiento. ¿Dónde estaba el veneno? ¿En la taza de té o en el sobre de la carta?... Sally cree que es ella quien debe averiguarlo. No le gusta Julia Fresnel. Es una muchacha extraña. ¿Son celos, porque a veces coquetea con Jack? ¡Quizá!... Pero no, Sally no es celosa, Sally sabe que Jack no está enamorado de Julia Fresnel... y ella duda de Julia Fresnel.

Los Fresnel son una gente extraña. Han venido de Fran-

cia y se han instalado en América sin decir nunca el porqué de aquella expatriación. Sally duda de toda la familia y confía sus dudas a su hermano Seth.

—Eres celosa y calumnias a Julia Fresnel — le dice Seth.  
—Déjate de habladurías tontas. No eres tú la encargada de averiguar las causas de la muerte de Dan. Para eso está el médico y la policía.

—Quizá calumnio a Julia Fresnel, pero, ¿por qué no ha comparecido ante el Jurado como testigo? Ella vió a Dan antes que yo y podría decir cosas interesantes, seguramente.

—Ya sabes que aquel mismo día su madre sufrió un accidente de automóvil y que se ha quedado imposibilitada de las piernas. Dice el médico que es posible no vuelva a andar nunca más. Julia tiene bastantes preocupaciones en su casa para meterse en libros de caballerías. — Dice Seth, que siempre encuentra una disculpa para la mujer a la que ama.

—¿Llamas libros de caballerías a averiguar las causas misteriosas de la muerte de Dan?

—El Tribunal las ha averiguado ya y ha dictado sentencia. Dan murió envenenado, es verdad, pero se trata de un simple suicidio...

—¡Me parece demasiado rápido el veredicto del Jurado!  
— murmura Sally, dudosa.

\* \* \*

Unos días después un grupo de estudiantes va a visitar a la señora Fresnel que ya está convaleciendo del accidente sufrido. Entre el grupo están Sally y Jack, que pocas veces andan separados uno de otro. También están Paul, Julio, Toby y algunos más.

La señora Fresnel les recibe con amabilidad y con cordialidad de gran dama. Está tendida en una silla larga, con las piernas envueltas en una manta. Su rostro denota el sufrimiento pasado y los muchachos apenas saben qué decir a aquella señora que es la esposa del Director y que les inspira un poco de miedo y un mucho de respeto.

—¿Por qué está usted tan callado? — pregunta la señora Fresnel a Paul que no ha desplegado los labios desde que han llegado.

—Está pensando en la canción que ha de componer para el día de la fiesta — explica Sally, que es la que lleva el peso de la conversación.

— 8 —

—Sí... estoy componiendo... pero es que no puedo sentarme al piano desde... — murmura Paul, bajando la cabeza.

—¿Desde el día de la muerte de su amigo Dan? — pregunta la señora con un vivo interés.

—Sí, señora; éramos íntimos amigos, amigos de la infancia, no nos habíamos separado nunca... Me ha impresionado hondamente su muerte — dice Paul con lágrimas en los ojos.

—Debe olvidar, amiguito... Para sobrellevar la muerte hay que vivir... He visto caer a muchos jóvenes como ustedes durante la gran guerra... Pero la muerte de los demás no puede detenernos en nuestro trabajo... Siga, siga usted con su canción... No defraude a los que esperan su colaboración para el día de la fiesta...

Acaso son aquellas palabras las que han animado a Paul, porque aquella misma noche, mientras las muchachas están en la sala de ensayos ensayando los diversos pasos del baile, suena el timbre del teléfono y va a contestar Jack.

—¿Quién es? — pregunta Jack, que está sudando copiosamente, porque hace de director de escena y las chicas le tienen loco.

—Jack... soy yo... ¡Ya he terminado mi canción! — dice la voz de Paul a través del hilo. — Si queréis oírla la voy a cantar desde aquí.

Todos los estudiantes se agrupan en torno al teléfono. Jack pone un megáfono en la boca del aparato y la voz de Paul llega hasta ellos un poco opaca por la distancia, pero vibrante y emocionada, cantando una bella canción de amor:

En tus labios al besar  
pronto la verdad yo vi.  
En la mitad de un beso  
todo tu amor yo sentí...  
En medio de abrazos de pasión  
que un día me negaste  
recuerdo que te sorprendió  
saber cuanto me amaste.  
De un suspiro en la mitad  
el cielo su puerta abrió  
mas después, sin pensar,  
la dicha se perdió...  
Nuestro amor no comprendió  
que el soñar puede acabar...

— 7 —

La canción queda, de pronto truncada. Un ruido extraño se produce a través del magáfono y se hace el más absoluto silencio. Los estudiantes se miran extrañados y sorprendidos.

—¿Qué pasa? — dice Jack, hablando por el teléfono. — Paul, sigue, te estamos escuchando. ¿Por qué no terminas la canción?... Paul... Paul...

Paul no contesta; nadie contesta ya a la voz de Jack que está alterada e inquieta. Los estudiantes, sin decirse nada, corren todos al pabellón de Paul, entran en tropel, se precipitan hacia el salóncillo. Paul está muerto en su silla de trabajo, estrangulado por una cuerda que tiene anudada al cuello.

Hay un grito de horror y de angustia en todas las gargantas. Sally busca a Julia con los ojos y ve que ésta se escabulle de entre la multitud de estudiantes y se pierde en la negrura de la noche. Sally sigue desconfiando de aquella chica extraña que nunca tiene la más pequeña intimidad con ninguna de sus compañeras. Y corre a casa de Julia para ver si puede averiguar algo por sus propios ojos.

—¿Estás aquí, Julia? — pregunta Sally al entrar, encontrando a su condiscípula.

—Sí, me sentía cansada y me vine a casa en seguida... Creí que no os habrías dado cuenta.

—Vengo a saber si desde aquí han visto algo. Este pabellón queda frente mismo al de Paul... Tú sabes que han asesinado a Paul — dice Sally con firmeza.

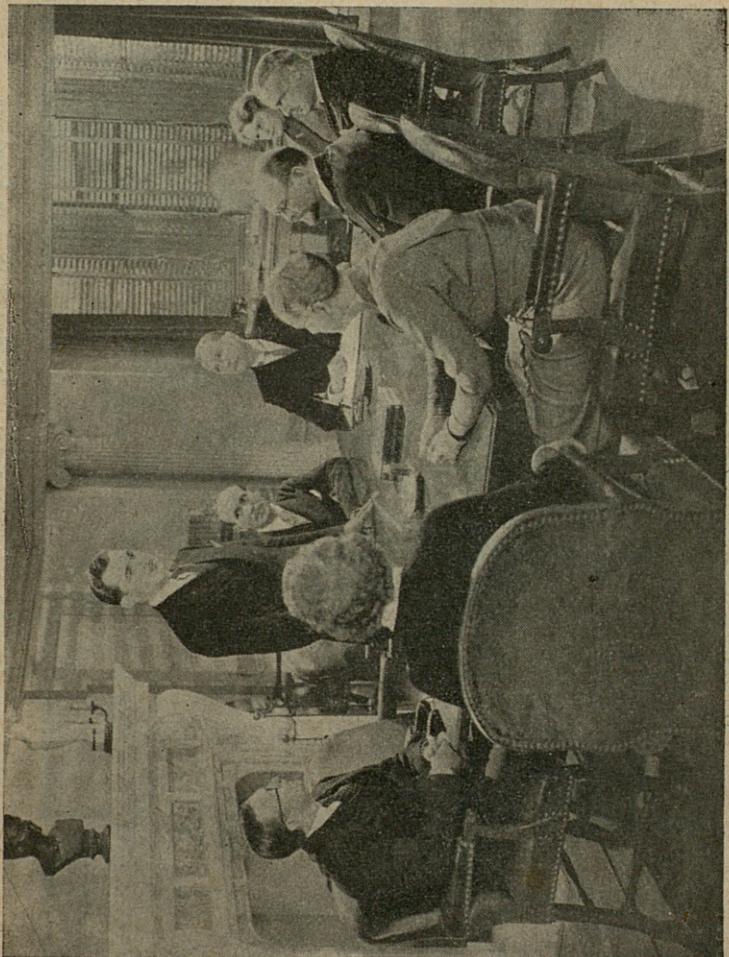
—¡Es horrible! — murmura Julia, volviendo la cara a otro lado para que no pueda Sally ver su expresión. — Perdona, Sally, pero no puedo atenderte — añade, nerviosa y desconcertada; tengo que subir con mamá para ayudarla a acostarse... Buenas noches... Siento mucho lo de Paul.

Sally sale de la casa convencida de que aquellas muertes misteriosas tienen algo que ver con Julia. Habla de ello a su hermano. Habla también con Magoun, el jefe de Policía. Y se decide a obrar por su cuenta, aunque todo aquello le da un miedo espantoso e invencible.

Por la noche convence a Toby, su compañera de pabellón. Toby tiene mucho miedo a los fantasmas, pero quiere a Sally y se decide a acompañarla en la excursión nocturna que se propone hacer.



— Eres celosa y calumnias a Julia Fresnel — le dice Seth a su hermana.



El director y los profesores habían acordado celebrar la fiesta.

Van las dos a registrar el despacho de Dan. Acaso encuentren algún indicio del veneno o alguna cosa que las ponga sobre la pista. Si aquello les sale bien harán lo mismo en el pabellón de Jack. Van con una luz opaca para no ser sorprendidas. El menor ruido les causa enorme sobresalto. Toby quiere marcharse a cada instante, pero Sally la detiene mientras va hurgando por todos los rincones. Por fin encuentra el sobre de aquella carta misteriosa y lo guarda con ella. Y luego encuentra la carta que Dan contestó a la dama desconocida y que el correo ha devuelto con la indicación de «Desconocida».

Sally corre a la mañana siguiente al laboratorio de su hermano.

—¿Cómo actúa el veneno fenocapsis? — le pregunta.

—Depende de la dosis; si es suficiente, puede producir la muerte instantánea. ¿Por qué me preguntas eso? — inquiere Seth.

—Examina ese sobre y dime si hay veneno en él.

Seth hace la prueba; efectivamente, en el sobre, en el lado de la goma, hay una buena dosis del veneno. Es el sobre que Dan escribió a la dama desconocida de Nueva York. Sally está contenta, porque ya comienza a tener una pista de aquellos crímenes misteriosos. Se siente detective. Está segura de que Magoun le agradecerá la información.

Magoun la escucha, examina el sobre, mira la escritura que es, efectivamente, la de Dan. Luego examina la carta que la desconocida había escrito al muchacho. Está escrita a máquina y en escritura de máquina muy usada. Tiene las t y las v tan gastadas, que apenas pueden leerse.

—Cuando hallemos la máquina, habremos encontrado al asesino — dice Magoun estrechando la mano de Sally en señal de agradecimiento por su colaboración.

—¿Y al asesino de Paul? — pregunta Sally, que no quiere dejar ningún cabo suelto — ¿Le parece que también puede ser una mujer?

—No sé... Para ahorcar a un hombre se necesita mucha fuerza... Las manos de una mujer no suelen tener tanta...

—Sin embargo, yo conozco muchachas de la Universidad que serían capaces de estrangular a un hombre — afirma Sally, pensando en Julia a la que ha visto hacer muchos ejercicios de fuerza.

—Mira, pequeña, no te metas tú en todas esas cosas y déjame a mí... Ya averiguaré quién ha sido... Este trabajo no es trabajo de niñas — dice Magoun.

Sally va a hablar con su hermano.

—Sospecho de Julia, Seth — le dice, cogiéndole los dos brazos y mirándole con angustia. La noche que murió Paul encontré a Julia en su casa muy excitada. No quiso hablar conmigo y se excusó diciendo que iba a ayudar a su mamá a acostarse... Esa familia son muy extraños. Fresnel no es el padre de Julia; ella misma me lo dijo... Fresnel se casó con su mamá cuando acabó la guerra Europea y ellas fueron a Europa a instalarse.

—¿Y qué tiene que ver todo eso? ¿No hay muchas viudas que se vuelven a casar? Sally, ya sabes que estoy enamorado de Julia y que me molestan esas sospechas ridículas de chiquilla que ha leído demasiados libros de aventuras

Sally se encoge de hombros y sale del laboratorio de su hermano, decidida a seguir sus pesquisas, aunque éste la trate de chiquilla loca.

• • •

Aquella noche había ensayo general en la Universidad. El director y todos los profesores habían acordado celebrar la fiesta, a pesar del luto que había por la muerte misteriosa de Dan y Paul, a fin de distraer a todos los alumnos que estaban impresionados por aquellos dos crímenes cometidos casi simultáneamente.

Jack no tomaba parte en la representación, y como gustaba mucho de charlar con Julia, a la que encontraba sumamente interesante, marchó a su casa decidido a pasar con ella la hora del ensayo.

—Jack, yo también tomo parte en la fiesta y tendría que ir al ensayo... pero no puedo dejar sola a mamá... Desde que quedó paralítica que no podemos dejarla ni un instante... ¡Y me gustaría tanto poder ir a ensayar! — le dice Julia.

—Pues ya tengo la solución — replica Jack con aquella franqueza cordial que le hace querido de todos—. Tú te marchas al ensayo y yo me quedo aquí en tu casa a estudiar. Se acercan los exámenes y será mejor que, en lugar de charlar

contigo, me dedique al estudio de las matemáticas. ¿Qué te parece?

—Que eres muy bueno, Jack... Sí, me parece... Pero... no, no, será mejor que no te quedes — dice Julia titubeando, como si algo desconocido la angustiara terriblemente.

—Puedes marcharte tranquila. Si tu mamá necesita algo, que me llame. Yo me instalo aquí, en tu sala de estudio, y me paso la noche tan ricamente.

Julia duda. Se ha quedado silenciosa, como reflexionando. Luego se decide súbitamente y, después de despedirse de Jack, sale de su casa camino de la sala de ensayos.

Pero Julia no está tranquila mientras dura el ensayo. Es ella la que ha de cantar la romántica canción compuesta por Paul el día en que fué misteriosamente estrangulado. Y la tonada expira en sus labios como un quejido, porque no puede entonar aquellas notas que le recuerdan toda la tragedia pasada. Julia se pasea nerviosamente por el escenario mientras sus compañeras ensayan los pasos de baile, busca el rincón más apartado para aislarse, y por fin, dejándose llevar por aquella angustia extraña que la desasosiega y la inquieta, va a salir de la sala sin que nadie la vea.

Sally, que la ha seguido con los ojos desde que ha llegado, Sally que, además de estar celosa porque ve que Jack dedica a Julia toda su atención, sospecha de la extraña muchacha, le dice a Toby su amiga:

—Voy a seguir a Julia... Me da la sensación de que trama algo malo... Te llamaré si te necesito.

Toby asiente con cara de espanto. Cada día siente más miedo por todas aquellas cosas que ocurren, pero se cree en el deber de ayudar en todo a su fiel amiguita Sally que nunca la ha abandonado desde que llegó a la Universidad.

Sally, agazapada en la sombra, llega hasta casa de Julia, abre la puerta de golpe y oye en aquel momento unas grandes voces de auxilio. Corre hacia el salón y encuentra a la señora Fresnel que, arrastrándose por el suelo, grita:

—¡Socorro!... ¡Socorro!... ¡Le han querido matar!

Sally se precipita hacia Jack que está en el suelo sin sentido. Le acaricia, le llama por su nombre y dice, ordenando como si fuera la dueña de la casa:

—Pronto, pronto, que venga un médico... Todavía vive... Aun podrán salvarle...

A las voces que han dado las dos mujeres acuden nuevos estudiantes. Viene el médico y la policía. Se indaga, se interroga, se pregunta. La señora Fresnel explica, con voz excitada por la emoción:

—Estaba yo en mi cuarto y llamé a Jack para que me diera un poco de agua. No me contestó. Volví a llamarle y tampoco obtuve respuesta. Entonces oí un ruido terrible, ensordecedor... y en seguida el más profundo silencio. Me arrojé al suelo y vine arrastrándome hasta aquí... Jack estaba ahí, tendido en el suelo, con una soga arrollada al cuello... Traté de quitársela y vi que aun respiraba... Fué entonces cuando pedí socorro y llegó Sally... No sé nada más.

El policía interroga a Jack que ya ha recuperado el sentido y que se ríe un poco de todo aquel aparato.

—No recuerdo nada de lo que ha pasado — responde a las preguntas del policía. —Estaba estudiando sentado ahí, junto a la ventana. Senti mucho sueño... Oí un ruido, pero no vi a nadie ni hice caso de aquello... De pronto me sentí agarrado... y perdí el sentido. No puedo explicar nada más.

—¿Había visto a alguien antes de que le entrara aquel sueño profundo?

—Hablé unos momentos con el señor Fresnel, que se iba a pasear — responde Jack.

—La noche que asesinaron a Paul también el señor Fresnel había salido a pasear — comenta Sally, que está segura de que todos aquellos crímenes vienen de la familia extranjera.

El policía Magoun mira a la niña con un poco de desprecio, porque se siente muy superior a ella, y le indica que se calle, que ya es bastante él para averiguar todo aquel misterio.

Jack se repone pronto del susto. No quiere pensar en el accidente extraño que ha estado a punto de costarle la vida, y se dedica ahora con más empeño a sus aficiones deportivas y a su mayor afición: a perseguir a Julia, de la que se cree locamente enamorado, mientras la pobre Sally pasa por todas las torturas de los celos.

Sally no abandona sus pesquisas. Lleva siempre sobre ella un pedazo de aquella célebre carta escrita en una máquina vieja, y se dedica a obtener todas las muestras de las máquinas de escribir que encuestra a su paso para confrontarlas y ver si, dando con el asesino de Dan, encuentra al asesino de Paul y al que había querido acabar con la vida de Jack.

Aquella tarde había ido Sally al río a pescar y a bañarse en compañía de Jack y de otros muchachos de la Universidad, y ya un tanto cansada de la pesca que no le ofrecía un gran interés, se había lanzado al agua desde la barca, había alcanzado la ribera y se había ido al pabellón para cambiar sus vestidos. Al entrar le sorprendió el tecleto de una máquina de escribir y así, descalza como estaba, con su bañador chorreando agua, se había acercado a la puerta que separaba el vestidor del cuarto de estar y había escuchado un momento. Efectivamente, alguien había allí escribiendo a máquina. Sally abrió la puerta y se encontró frente a Magoun el policía.

—¿Qué hace usted aquí? — le pregunta.

—Y usted? Voy a encontrármela hasta en la sopa.

—Y puede usted hacer la sopa de pescado, señor Magoun — añade Jack, que llega en aquel momento — si quiere comprarme todos los que acabo de pescar.

—A usted he venido a verle, Jack — dice el policía con seriedad. — ¿No ha pensado usted en su caso?

—Procuro pensar lo menos que puedo en él — responde Jack.

—Es extraño lo que pasó... ¿No vió usted nada ni a nadie? ¿No miró en derredor suyo cuando sintió la cuerda al cuello?... ¡Parece increíble!... Yo creo que hubiera hecho algo para ver a mi agresor... ¿Por qué se empeña usted en no ayudarnos a describir al agresor? Mi obligación es hacerle a usted muchas preguntas, ya que usted se obstina en no dar explicaciones.

—He explicado todo cuanto sabía — afirma Jack que se ha puesto muy serio y que está un poco pálido.

—Usted era muy amigo de Dan y de Paul?

—Sí, formábamos una pena inseparable junto con Dick Penfield que también murió...

—También murió... ¿De qué murió? — pregunta el policía, que es la primera vez que ha oído hablar de Dick Penfield.

—De un ataque al corazón.

—¿No murió asesinado?

—No... pero murió como si lo hubieran asesinado — responde Jack en un tono misterioso.

—¡Qué extraña es toda esa historia! — exclama el poli-

cia. —¿Esta máquina de escribir es suya? — pregunta, tras un breve silencio.

—Sí, la llevo conmigo a todas partes.

—¿Y la deja a todo el mundo?

—La dejo a quien me la pide y a quien la necesita.

—¿Será acaso esta la máquina que buscamos? — inquierte Sally que tiene siempre el ingenio despierto y aguzado.

—No, señorita. buscamos una vieja Royal, no una portátil nueva y flamante como la de Jack... — el policía responde, sonriendo, haciendo una ligera inclinación de cabeza y saliendo de la habitación.

Sally y Jack se han quedado solos. Sally mira al muchacho con los ojos tiernos y húmedos de amor. Jack está silencioso, preocupado, triste.

—Jack... ¿estás enfadado conmigo? — le pregunta la chiquilla.

Jack niega con la cabeza.

—¿Enfadado por mí? — sigue preguntando ella.

Jack vuelve a negar en silencio.

—¿Indiferente? — pregunta ella, acercándosele con coquetería y queriendo atraerla hacia sí sus miradas y su cariño.

—Estoy algo molesto — dice él, mirándola de soslayo y sonriendo por primera vez.

—¿Qué te preocupa, Jack? ¿Por qué no me lo dices?

—Puedo, decírtelo, Sally? ... Pues... es que creo que estoy enamorado — dice Jack, ruborizándose como una niña.

—¿Enamorado? — inquierte ella ilusionada. —¿En este momento?... Me parece que yo también...

—¿De quién? — pregunta Jack.

—Déjemos esto... dime tú primero...

—Yo... hace tiempo que estoy como hipnotizado por ese amor... hace tiempo que ando por el mundo escuchando una voz interior que me grita a todas horas, a todo momento... ¡Julia! ¡Julia! — dice Jack, en un arranque de sinceridad.

Sally siente que los ojos se le inundan de lágrimas que procura contener y, levantándose en un súbito arranque de ira, exclama con coraje:

—¡Estúpido!... ¡Tonto!... ¡Besugo!...

Y sale precipitadamente antes de arrancar en un llanto desolador ante la enorme decepción de aquel momento.

• • •

Sally va siguiendo la pista del criminal. Ella tiene la seguridad de que Julia Fresnel toma parte activa en todo aquel misterioso tinglado, y como su agudeza está todavía más despertada por los celos que siente de aquella mujer, no perdona ocasión para investigar.

Hoy ha ido a casa de Julia a pedir el traje de montar de su hermano Seth. Como el pabellón es pequeño, Seth tiene su gran baúl de ropa en el desván de la casa de los Fresnel y Sally ha aprovechado aquella ocasión para ver si en el desván encuentra algún indicio que la ponga sobre la pista cierta del crimen. ¡Si ha de esperar a que Magoun inquiera algo!...

A Julia no le ha hecho gracia que Sally suba sola al desván, pero ella, en aquel momento, no puede acompañarla:

—Yo subiré en seguida, por si me necesitas — le dice, mirándola con una mirada en la que se refleja la angustia.

—No te preocupes; traigo las llaves del baúl y encontraré pronto lo que busco. Bajo en seguida.

Sally sube al desván, mira por todos los rincones, busca por todas las mesas. Todo está polvoriento y abandonado. El aspecto es desolador. Abre el baúl y busca el vestido de su hermano, mientras con los ojos va registrando toda la habitación y presta oído al menor ruido que pueda venir de los pisos inferiores. De pronto Sally ve sobre una mesa y bajo un montón de papeles viejos una máquina de escribir. Precipitadamente va a ella, la descubre, la desenfunda y escribe algunas breves líneas en un pedazo de papel, escuchando siempre con miedo los ruidos que llegan de la escalera.

Unos pasos la sobresaltan. Arranca el papel de la máquina, vuelve a cubrirla con la funda, la tapa con los periódicos viejos y, apenas ha tenido tiempo de esconder el papel en su seno, cuando Julia aparece en lo alto de la escalera.

—Como tardabas tanto, víne a ver si querías algo — dice la muchacha mirando con desconfianza a Sally.

—No, gracias, ya encontré lo que buscaba. Aquí está el traje de Seth. Ahora voy a cerrar de nuevo el baúl.

—No te molestes... lo cerraré yo... — murmura Julia, tapando con su cuerpo un voluminoso paquete de periódicos que hay en un rincón y que debían haber estado atados con una soga gruesa y fuerte a juzgar por la cruz que ha dejado trazada sobre

el papel el polvo que se ha ido poniendo sobre el primer periódico, dejando limpio el lugar que ocupó la soga.

Las dos muchachas están violentas y nerviosas. Sally recoge todo lo que deseaba y baja precipitadamente la escalera, mientras Julia da una mirada de angustia a aquel desván extraño y una mirada de desconfianza a la muchachita que ha llegado ya a la puerta de la calle y que la saluda con su vocería infantil:

—¡Adiós, Julia, y gracias!...

Sally corre al despacho de Seth y le presenta las líneas que ha escrito en el desván:

—Ya he dado con la máquina... Es una vieja Royal... ¡Ya sabía yo que los Fresnel tenían algo que ver con todo eso tan misterioso!

—Eres una niña terca. Te has empeñado en encontrar todas las pistas que llevan a casa de los Fresnel sin darte cuenta de que... de que yo amo a Julia — dice Seth, confesando ingenuamente su amor.

—Lo sé, Seth, pero es preciso ir a ver a Magoun y mostrarle esa muestra de escritura a máquina. El busca una Royal vieja, y yo he encontrado una vieja Royal en el desván de los Fresnel. ¿Quiere eso decir que sean ellos los criminales? ¡No, pero es un indicio que no podemos desaprovechar!

—Merecerías que te dieran placa de detective, chiquilla... Está bien, iremos a ver a Magoun, pero primero iremos a San Judas a averiguar algo de la muerte de Dick Penfield... Entonces creímos todos de buena fe que había muerto de un ataque al corazón... Hoy, después de la muerte de Dan y de Paul y del intento de asesinato de Jack, es preciso averiguar las causas de aquella muerte... ¡Es tanta coincidencia junta que todo hace sospechar que...! En fin, no quiero adelantar juicios... Lo que sí quiero es que dejes a los Fresnel en paz. Les molestas con tus sospechas. La señora está enferma y todo esto perjudica su salud...

—Sí, pero todos los indicios...

—Lo sé, chiquilla... Pero hazlo por mí... hazlo por Julia a la que quiero con toda el alma — suplica Seth.

—¡Le quieras!... El amor lo explica todo... ¡También yo quiero como una boba a ese gaznápiro de Jack y sería capaz de hacer por él cualquier tontería!... Bueno, no hablemos más de cosas tristes... Ocupémonos de descubrir los motivos de la muer-

te de Dick, que acaso nos hagan ver claros los motivos de la muerte de Dan y de Paul...

Sally sabe lo que es el amor y sabe que el amor es el que hace cometer más tonterías. Por eso le perdona a su hermano que no sepa ver lo peligrosa que es Julia; pero en cambio no le perdona a Jack que se entusiasme de una mujer tan extraña que algo debe llevar en su conciencia cuando vive tan aislada y tan apartada de todos.

Jack va a marcharse al campo una temporada. Sally hubiera querido acompañarle, pero Jack le ha dicho que el médico le recomienda estar solo y que quiere marcharse a cuidar de su salud para poder empezar la vida con toda la energía y con toda seguridad ahora que ya ha terminado su vida de estudiante.

Sally va a verle antes de que se marche, y le encuentra en compañía de Julia. Aquello le causa un profundo dolor, pero la chiquilla se repone pronto porque tiene bastante fuerza de voluntad para dominar sus impresiones.

—Quisiera hablar contigo a solas — le dice.

—¿A solas? — inquierte él, mirando a Julia.

—Sí, perdona la confianza. Julia nos dejará unos momentos, ¿verdad?

—Todos los que queráis — dice Julia, saliendo de la habitación un tanto despechada.

—Jack, no debes estar a solas con Julia — le dice Sally cuando la muchacha ya no puede oírles. —Es una mujer muy peligrosa.

—Te prohíbo que hables así de mi prometida — dice Jack.

—¿Tu prometida?...

—Sí; hoy nos casaremos y marcharemos a Nueva York. Ya estoy recogiendo todo mi equipaje. Se acabó la vida de estudiante y hay que comenzar la de persona formal...

—Jack, si estimas en algo tu vida, no te marches con esa mujer... Esa mujer es una mujer fatal...

—¿Estás loca?

—Quizá... Pero he venido para salvarte... Dentro de unos momentos vendrán mi hermano y Magoun para hacer una investigación... Yo me adelanté porque me dijeron que no perdiera de vista a Julia.

—Lo mejor que puedes hacer es marcharte a casa y no fastidiar con tus detectivojos ridículos.

—Pero, ¿no comprendes...?

—Sí, sé que Seth está celoso porque quiere a Julia... y que tú también estás celosa porque te has empeñado en quererme a mí... ¡Déjame tranquilo!

—¿No ves que quiero salvarte de una muerte segura?

—¡Bah, nifieras!... No me indigno contigo porque no sabes lo que te dices... Julia, Julia, ya quedes venir... Lo que quería Sally no era más que una tontería — dice Jack, haciendo entrar nuevamente a Julia en la habitación.

—¿Le has dicho ya que tú y yo...? — pregunta Julia, mirando angustiada a Sally.

—Sí, ya me lo ha dicho... Voy corriendo a decírselo a Seth — dice Sally, intentando salir precipitadamente.

—Aguarda, Sally; te ruego que nos dejes en paz, que no nos persigas más con tus indagaciones — suplica Julia angustiada.

—No te tengo ninguna confianza — afirma Sally desafiando a Julia con la mirada.

—Hace tiempo que me consta.

—Tienes demasiada fuerza en las manos y algo extraño en los ojos... Llevas en el alma un secreto... ¿Qué es?

—¿Tanto me aborrees? — pregunta Julia sin bajar los ojos.

—Si le ocurre algo malo a Jack... pagarás con tu vida — dice Sally, mordiendo las palabras.

—Nada le ocurrirá, te lo juro — responde Julia con gravedad.

—¿Amas a Jack?... ¡Contéstame! — suplica Sally.

Julia titubea un momento y luego, como si hiciera un esfuerzo para pronunciar aquellas palabras, dice:

—Sí, le quiero, y me casaré con él.

—¡Y Seth que creía en tu amor! — suspira Sally con desdén.

—¡Oh, calla, calla, vete, por favor! — explora Julia.

—¿Quieres que le diga algo a Seth?

—No, no... gracias... nada...

Sally, sin añadir palabra, salió de la habitación y de la casa con el alma destrozada por un cruel presentimiento.

Tampoco Jack estaba muy convencido del amor de Julia, de aquel súbito amor que le había confesado y al que quería dar realidad aquel mismo día casándose con él.

• • •  
—Julia — le dice mientras el automóvil les lleva lejos de la ciudad, a pasar su luna de miel en el pabellón que tiene en el campo Julia Fresnel — ¿qué pasó anoche?

—Nada — responde la muchacha tristemente.

—No creas que soy tan estúpido como parezco. ¿A qué vino anoche aquella explosión súbita de amor? ¿A qué esta prisa por casarte conmigo? Nunca, hasta ahora, me habías mostrado nada más que una buena amistad... Siempre creí que estabas enamorada de Seth.

—No me hables de Seth... Lo de anoche fué una sincera declaración de amor, Jack, pues es sólo a ti a quien amo.

—¿Estás segura de que no es únicamente un capricho pascuero?

—No es capricho, Jack...

—Plensa, Julia, que se trata de algo muy serio... que se trata de la felicidad de nuestras vidas... Somos jóvenes y ahora, si es falso lo que anoche me dijiste, podremos fácilmente reaccionar del desengaño... Luego vendrá la madurez, y las heridas son entonces mucho más hondas y dejan una herida que no se cicatriza nunca. ¿Estás segura de que me quieres?

—Sí, Jack, te quiero y quiero casarme contigo... La noche aquella en que te ocurrió el terrible accidente en el que estuviste próximo a perder la vida, comprendí que yo... que debía...

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que fué entonces que comprendí que te quería — dice Julia, ya sin titubeos, dominándose y confesando lo que en realidad no siente.

—¿Fué entonces...? — inquiere Jack al que las palabras de Julia no acaban de convencer.

—Sí, sí... huyamos pronto de este país, Jack... Marchemos lejos de aquí...

—¿Qué te pasa? ¿Qué te atemoriza? — pregunta Jack con cariño.

—¡Oh, te lo suplico, no me hagas más preguntas!

—Julia, mi vida, no me gusta verte llorar... pero tienes que decirme qué te pasa... Algo hay en ti que no comprendo... Algo hay que te atormenta y que te hace desgraciada.

—No puedo decirlo, Jack, no puedo decirlo — murmura Julia, mirando a todas partes como si temiera ser oída de alguien,

—Julia, tú tienes miedo a algo, miedo de alguien... ¿Qué es?... No podemos casarnos y huir de un peligro que acaso nos persiga de cerca...

—No hay más remedio, si quieres salvarte — dice Julia con angustia.

—No te comprendo, Julia.

—Es tan difícil de explicar! — murmura la muchacha.

—¿Sabes algo? ¿Conoces a alguien?... Julia, dime la verdad, tú sabes quién intentó matarme, ¿verdad?

—No, no lo sé — afirma Julia con entereza. —Pero sé que la soga con la que quisieron ahorcarme salió de mi casa.

—¡Cómo! — exclama Jack con los ojos agrandados por el espanto.

—Sí... En el desván hay muchos paquetes de periódicos atados con cuerdas exactas a la que había de estrangularte a ti... De aquellos paquetes hay uno desatado... La cuerda fué la que emplearon para intentar tu muerte... Es todo lo que sé, Jack... Y yo ya no quiero que se cometan más crímenes... Y quiero salvarte... Huyamos... huyamos...

Jack abrazó fuertemente a aquella pobre mujer que tembla miedosa y asustada, la estrecha fuertemente en sus brazos y la cubre de besos; pero no son besos de amor, apasionados y calurosos, sino besos de ternura, besos casi maternales, besos que intentan consolar las heridas de aquella pobre alma que acaba de presentarse ante él con toda la amargura de su dolor

\*\*\*

Sally ha conseguido interesar a Magoun y al mismo Seth en sus descubrimientos. La escritura de la máquina «Royal», encontrada en el desván de casa de los Fresnel, corresponde exactamente a la escritura de la carta que Dan recibió de la misteriosa neoyorkina y a la cual contestó la misma noche de su muerte, metiéndola en aquel sobre en el que se había comprobado había veneno suficiente para aniquilar a una persona.

Magoun, acompañado de otro policía, de Seth y de la misma Sally, decidieron ir a hacer una visita de inspección a casa de los Fresnel y, al propio tiempo, interrogar a la señora Fresnel que era la única que estaba en la casa el día del intento de asesinato de Jack.

La señora Fresnel recibió a los visitantes recostada en su diván de paralítica, con las piernas cubiertas por una fina manta y en el rostro aquella expresión de dolor, de angustia y de sufrimiento que se captaba simpatías y compasiones.

—¿Está el profesor Fresnel en casa? — preguntó Magoun.

—No, señor, ha ido a su despacho; pero siéntense ustedes y diganme en que puedo serles útil...

—Venimos a hacerle un pequeño interrogatorio, si es que no le causamos demasiada molestia.

—Pueden ustedes preguntar... Ya sé que la vivacidad de esa niña — añadió la señora de Fresnel mostrando a Sally con cierto rencor — ha hecho recaer en esta casa honorable sospechas indignas; pero ya que la policía ha dado pábulo a ellas, pueden ustedes preguntar, que yo estoy dispuesta a deshacer todas esas columnias que contra los Fresnel se han levantado.

—La policía no puede dejar ningún indicio que se presente ante ella, por absurdo que parezca. Muchas veces los más remotos indicios son los que han llevado al conocimiento exacto del crimen — dice Magoun, que va hoy muy bien documentado y que quiere averiguar claramente toda la cuestión.

—Pregúnten ustedes, que yo estoy dispuesta a contestar.

—¿Cuánto tiempo hace que se casó usted con Mr. Fresnel?

—Hará unos siete años... Si, precisamente hace siete años

—¿Le conoció usted en América?

—No, le conoció en Francia, cuando fui a fijar allí mi residencia.

—Así, si le conoció usted en Francia en el año 1928 cuando usted fijó allá su residencia, Mr. Fresnel no puede ser el padre de la señorita Julia, ¿no es verdad?

—Sí, es cierto, mi marido actual no es el padre de mi hija... Pero no comprendo qué tienen que ver esos pormenores de orden completamente familiar con el asunto que aquí les ha traído — dice la señora Fresnel incorporándose un poco y mostando una extraña angustia en su rostro.

—Usted y su hija son norteamericanas, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Por qué marchó usted a Francia?

—No creo que tenga nada de particular. Son muchos los que emigran hacia otras tierras. Mi marido es francés y yo me quedé en Francia porque allí recibí muchas atenciones de mis amigos...

En aquel momento llegó el señor Fresnel que entró precipitadamente en el cuarto de su esposa al saber la visita de la policía:

—¿Qué ocurre? —preguntó, mirando a todos con ojos asombrados. —¿A qué viene esta invasión?

—Perdone, señor Fresnel, pero tenemos que cumplir con nuestra obligación — dijo Magoun y presentando a su compañero añadió: —Le presento al señor Cummings, de la brigada de investigación...

—¿Qué vienen ustedes a hacer a mi casa?

—A indagar... En poco tiempo se han cometido en esta Universidad dos asesinatos y otro de los alumnos ha estado a punto de ser víctima de un ser misterioso con el que no hemos dado todavía... Es preciso que sigamos todas las pistas... y parece que una de las pistas más certeras es esta casa, señor Fresnel

—¿Qué quieren decir? ¿Por qué vienen a molestar a mi esposa? ¿No ven que es una pobre paralítica que nada tiene que ver con todo eso?

—Lamentamos mucho tener que causar tanta molestia; pero nuestra misión nos obliga siempre a ser molestos. Hemos registrado ya su laboratorio y ahora registraremos el desván, si usted quiere acompañarnos... — dijo Magoun con un poco de ironía en la voz.

Fresnel escuchaba sin comprender y miraba sin adivinar. Aquello le parecía un allanamiento de morada imperdonable, y miraba a su esposa con angustia porque temía que todo pudiera redundar en perjuicio de la enferma.

Magoun, sin hacer ya caso del recién llegado, siguió interrogando a la dama.

—Así, ¿se marcó usted de su patria porque detestaba vivir en ella?

—No he dicho tanto — se apresura a contestar la señora Fresnel a la que los ojos le van adquiriendo proporciones desmesuradas.

—Usted no quiere confesarlo, pero el hecho es que usted abandonó su tierra por algo muy doloroso que nosotros ignoramos.

—Qué disparate! — dice la señora Fresnel riendo con una risa forzada.

—Quizá sea un disparate, pero los datos no pueden ser más fatales. Señor Fresnel — añade el policía dirigiéndose al pro-

fesor — está comprobado que la muestra de escritura a máquina que perseguíamos desde la muerte del pobre Dan pertenece a la vieja máquina «Royal» que hay en el desván de su casa... Está comprobado que el veneno que dió la muerte a Dan salió de su laboratorio... Que la soga que estranguló a Paul salió también del desván de su casa... lo mismo que la soga que intentó estrangular a Jack... ¿Quién interviene en todos esos crímenes?... No acusamos directamente a nadie... Interrogamos sólo... ¿No quieren confesar?

—No tengo nada que confesar... Soy inocente — dice Fresnel con serenidad y con calma. —Se me acusa de cosas de las que no tengo ni la más remota idea...

—¿Ha oido usted hablar alguna vez de Dick Penfield? — pregunta Magoun mirando fijamente al señor Fresnel.

—Sí, Penfield era el primer marido de mi esposa...

—¿Y Dick?

—Dick era su hijo mayor — contesta Fresnel sin titubear ni un momento.

—¿Sabe usted de qué murió Dick Penfield?

—De un ataque al corazón, según diagnosticaron los médicos.

—¿No le dijo su esposa de qué provino aquel ataque al corazón? — sigue preguntando Magoun que parece estar muy bien informado.

—No; mi esposa rehuía siempre hablar de la muerte de su hijo... ¡Era tan natural!... Yo nunca quise entrar en pormenores, porque hablarle de él era ahondar la herida y yo quiero demasiado a mi esposa para causarle ningún daño.

—Creo en sus palabras, señor Fresnel, y como veo que ignora usted muchas cosas que conviene que sepa, yo mismo le explicaré lo que hemos podido averiguar en estas semanas de constantes pesquisas y búsquedas.

Fresnel escucha con atención las palabras del detective, mientras la señora Fresnel, intensamente pálida, operosa, con las pupilas dilatadas por el terror, se va incorporando en su lecho de enferma a medida que va fluyendo el relato de labios del policía:

—Dick Penfield era alumno del colegio de San Judas. Allí se hizo íntimo amigo de Dan, Paul y Jack. Les llamaban los cuatro inseparables, porque siempre iban juntos a todas partes y se tenían un afecto tan sincero que las penas y las alegrías de cada uno eran penas y alegrías comunes... Dick

deseaba ser socio del club de estudiantes al que hacia más de un año pertenecían ya sus compañeros. Dick era un niño. Para ser socio del club había que pasar primero por determinadas pruebas, para demostrar que se era todo un hombre capaz de cualquier rasgo de valor y no un niño al que pudieran asustar los cuentos de fantasmas. La noche en que tenía que ser admitido en el club los estudiantes le hicieron una broma un poco pesada...

—¿Qué tiene que ver eso con el asunto que les ha traído a ustedes aquí? Eso son historias viejas que no es bueno hacer revivir — insiste Fresnel, mirando siempre con angustia a su esposa, a la que ve próxima a la desesperación.

—Tiene mucho que ver, porque aquella broma es la raíz de todos el drama que hoy nos ocupa. Los estudiantes, para probar el valor de Dick, le llevaron al cementerio, le vendaron los ojos, le ligaron las manos y le ataron a una de las sepulturas...

—¡Eso no fué más que una chiquillada! — murmura Fresnel queriendo quitar importancia al asunto.

—Una chiquillada que ha traído trágicas consecuencias. Dick Penfield, un niño de diez y seis años, no pudo resistir la prueba; su corazón era débil; el terror de aquella noche influyó en él de tal forma que murió allí solo, abandonado de todos, de un ataque fulminante al corazón...

—Es horrible! — exclama Fresnel, tapándose el rostro con las manos.

—Intervino en el asunto la justicia... Tuvieron que absolver a los estudiantes, porque en realidad no eran ellos los culpables de la muerte de Dick... La justicia perdonó... ¡pero no perdonó nunca la madre de Dick Penfield!... La señora de Penfield, atormentada por aquella pena, salió del país buscando el olvido, pero llevando clavada muy hondo en el alma el recuerdo de aquella tragedia... Pasaron los años. La señora Penfield volvió a contraer matrimonio con un célebre profesor de Química. Estudió Química a su lado y supo de todos los venenos y de todas las maquinaciones que pueden dar la muerte... Luego tomó a su servicio a una muchacha medio imbécil, de fuerza brutal, de brutales instintos, y la fué educando día a día para sus fines... Su nuevo esposo, no encontrando en Francia bastante campo para desarrollar todo su talento, decide trasladarse a América. La madre duda un tiempo. Luego accede... y la casualidad la trae aquí, a esta Universidad, en



— Te veré más tarde Julia? — inquiere Jack.



— Si, le quiero y me casaré con él — replica a Sally.

donde encuentra a los tres compañeros de su hijo muerto... Les ve jóvenes, llenos de vida, de alegría, de optimismo, de esperanzas; les ve robustos, guapos, hombres cabales... ¡Y el recuerdo de su hijo la atormenta a todas horas!... Entonces, en una locura casi natural y lógica en una madre que sufre, decide acabar con ellos... ¡Dos han muerto ya!

— ¡Oh, pero todo esto no es más que una mentira!... ¡No puede ser cierto!... ¡Mi esposa está paralítica desde antes de que se cometieran esos asesinatos! — grita Fresnel que no quiere rendirse a la evidencia ante la magnitud de la acusación.

— Todo lo que he contado es verdad — afirma el policía muy seriamente. — ¿Dónde está el tercero?... ¿Sabe ya la señora Fresnel que el tercero, que Jack, va a casarse con su hija Julia dentro de pocas horas?

— ¡No!... ¡No!... — grita la señora Fresnel en un arrebato histérico. — ¡No puede Julia casarse con el asesino de mi hijo!

— Pues van a casarse... Sally les vió hace media hora partir en el coche hacia el pabellón de campo donde piensan pasar su luna de miel — afirma el policía.

— ¡No puede ser!... ¡No puede ser!... ¡Yo no quiero que Julia muera! — grita la señora Fresnel que está como poseída por el demonio y que retuerce las manos con desesperación.

— ¿Por qué ha de morir Julia? — pregunta su marido que comienza ya a creer en el relato del policía al ver el estado en que está su esposa.

— ¡Oh, Julia morirá también... y yo tendré la culpa de su muerte!... ¡Pero no, no es verdad todo lo que me cuentan!... ¡Todo lo hacen para salvarle a él!... ¡Pero no le salvaréis, no!... ¡Todo está dispuesto para que muera esta misma noche, a las ocho en punto!

— ¿Qué estás diciendo? — pregunta Fresnel, fuera de sí.

— Todo... todo... ¡Morirá!... ¡Morirá!... ¡No puede quedar ni uno de los que tomaron parte en la broma que costó la muerte a mi hijo!...

— ¡Pero... qué dices, mujer? — pregunta Fresnel de nuevo, sin acertar a comprender la monstruosidad de la que se hace reo su esposa.

— He cogido todos los explosivos de tu laboratorio... He

fabricado una bomba magnífica. Todo está calculado... Esta noche, a las ocho, según los cálculos científicos, estallará y volará el pabellón y no quedará ni la menor partícula de Jack.

La señora Fresnel, de pronto, se deshace de la manta que la cubre, salta de su lecho de enferma, y descalza, tal como está vestida, echa a correr y sale precipitadamente de la habitación

—¿Pero no está paralítica? — inquiere Fresnel que siente un sudor frío que le invade la frente.

—Todo ha sido una ficción, un engaño para que sus crímenes quedaran en la impunidad. Señor Fresnel, tiene que rendirse a la evidencia... Su esposa es un monstruo... Y es preciso correr a salvar a dos inocentes... — dice Magoun, animando a Fresnel.

—Si, es verdad, es preciso salvar a esa criatura que ha sufrido tanto... ¡Ella debía sospechar algo!... ¡Estaba siempre tan triste!... Vamos, vamos, deprisa antes de que no lleguemos a tiempo... Abajo está mi automóvil.

El automóvil de Fresnel lo acaba de emplear su esposa, que ha saltado a él precipitadamente y le ha dado la máxima velocidad.

—Nos ha tomado la delantera — dice Fresnel con desaliento. — Llegará antes que nosotros y hará estallar la bomba antes de que tengamos tiempo de salvarles.

—¡Valor! ¡Valor!... Subamos a un taxi... Acaso podamos hacer todavía algo por esos dos muchachos.

—Antes deberíamos avisar a la policía... Que den un aviso por radio... Acaso alguien lo oiga y pueda avisarles... — murmura Fresnel al que los minutos se le hacen siglos.

—Es verdad... Avisemos por radio antes de salir.

Magoun va a dar la noticia. Todos los altavoces de la ciudad y de los pueblos limítrofes repiten constantemente el aviso:

«Si Jack Lanning y Julia Fresnel nos oyen, que huyan en seguida. Hay una bomba a punto de estallar en el pabellón en donde se encuentran».

Magoun, Fresnel y Cummings suben al auto y aceleran la marcha. No hay que perder un momento. El automóvil rueda por la carretera a sesenta, a setenta, a noventa, a cien kiló-

metros por hora. Los árboles pasan a su lado como centellas. En las revueltas los frenos dan la sensación de que van a romperse. Pero aquellos hombres desafían el peligro pensando en el peligro inminente que corren los que están encerrados en el pabellón; ajenos a cuanto puede pasarles, gozando acaso en estos momentos del más hermoso instante de amor.

Y los altavoces siguen repitiendo incansablemente:

«Si Jack Lanning y Julia Fresnel nos oyen, que huyan en seguida. Hay una bomba a punto de estallar en el pabellón donde se encuentran. Si hay alguien que nos oiga y que tenga tiempo de avisarles hará una obra humanitaria salvándoles de una muerte segura».

\* \* \*

El automóvil de la señora Fresnel va a toda marcha carretera adelante. A toda marcha va también el coche que conduce a Magoun, a Fresnel y a Seth que corren a salvar a los dos desdichados.

También Sally ha corrido en ayuda de los novios. Ya no se acuerda de que está enamorada de Jack, ya no siente ni celos, ni envidia, ni pesares. Sólo piensa que hay dos vidas en peligro y que ha de salvarlas sea como sea, a costa de su propia vida, si es preciso.

Y tomando su pequeño coche salta a él y sale en persecución de los otros, por caminos más cortos, por carreteras estrechas, saltando dificultades, no reparando en obstáculos, queriendo con toda el alma ser ella la primera en llegar y en salvar a los que están en inminente peligro de muerte.

Jack y Julia están en el pabellón de campo, bien ajenos al daño que les espera. Julia ha estado triste todo el día, sin hablar apenas, sin sonreir a las reiteradas frases de cariño que Jack le dedica. En verdad, aquella mujer es una mujer extraña, piensa Jack. Y sin querer se acuerda de la pequeña Sally, de aquella chiquilla toda espontaneidad, toda alegría, toda franqueza a la que ha dado tantos desplantes y que siempre ha vuelto a su lado como un perrillo fiel que olvida pronto los golpes para venir a lamer la mano del que le atormentó.

Jack quisiera hacer hablar a Julia, pero Julia se muestra

taciturna y apesadumbrada, como si la resolución de casarse con él le costara un sacrificio muy difícil de realizar.

—¿Es que no me quieres? — le pregunta.

—Sí, Jack, si no te quisiera no estaría aquí contigo — responde Julia, lejos de él.

—¿Me tienes miedo?

—No, Jack; tengo miedo, mucho miedo; pero no de tí...

—Entonces, ¿qué es lo que te atormenta? — pregunta Jack que comprende que algo grave pasa en aquella alma femenina.

—Jack, ¡es tan difícil de explicar lo que me pasa!...

—Ten confianza en mí, criatura... No me voy a ofender si me dices cosas que pueden hacerme daño.

—No, Jack, no tengo que decirte nada que pueda hacerte daño... Pero he venido aquí impulsada no por un sentimiento de amor sincero... sino por un sentimiento de sincera compasión.

—¿Compasión?... ¿Me tienes lástima? — pregunta Jack extrañado y decepcionado.

—No, no es eso... Compasión, porque temo que, como tus amigos, seas tú también víctima de la fatalidad.

—¿Es que sabes algo, Julia?

—Sí, Jack, pero no me preguntes... Por lo que más ames en este mundo no me preguntes.

—Está bien, mujer, nada te pregunto Ahora ya sé que sólo has venido aquí para salvarme.

—Jack... ¡tengo miedo! — exclama Julia de pronto, como una nena, como una pobre chiquilla abandonada que corriera al regazo de una madre para albergarse en él y encontrar allí su mejor defensa.

—Jack se acerca a ella y como a una nena la acaricia.

—No tengas miedo, estando a mi lado no has de temer... Nada puede pasarnos.

—¡Tú no sabes de qué medios dispone para aniquilaros! — exclama, en un arranque de sinceridad.

—¿Por qué me odia tanto ese ser desconocido al que temes?

—Ese ser desconocido te odia porque te cree cómplice de la muerte de su hijo único...

—¿De Dick Penfield? — pregunta Jack asombrado.

—Sí, de Dick Penfield.

—¿Quién quiere vengar una muerte de la que nadie es culpable?

—Una madre, Jack... Una madre que está desesperada...

—¡Pobre Julia! ¡Cuánto has de haber sufrido conociendo este secreto y viendo cómo íbamos desapareciendo... Primero Dan... luego Paul... más tarde yo... Sin la intervención de Sally también yo estaría muerto a estas horas...

—¡Calla!... ¡Calla!... ¡Es horrible! — exclama Julia ocultando el rostro entre sus manos.

—No temas, Julia; mañana saldremos para Nueva York, nos iremos lejos de aquí, donde no pueda seguirnos ese odio que nos acecha.

—¡Mañana!... ¡Quién sabe si mañana sea ya tarde!

—No tengas miedo, chiquilla.

—Tengo mucho miedo, Jack!... ¿Qué hora es?

—Las ocho menos cinco minutos. Mañana a estas horas estaremos ya en Nueva York. No hay nada que temer.

Julia se pasea inquietamente, como si tuviera un extraño presentimiento. El reloj avanza rápido. ¡Son tan cortos cinco minutos en la vida de un hombre!...

Por la carretera, a toda marcha vienen dos automóviles: el de la señora Fresnel en primera línea; el de la policía un poco más rezagado. Los minutos apremian. El reloj es consultado constantemente. Todos los corazones vibran con impaciencia.

—¿Llegaremos a tiempo? — pregunta Seth.

—Déle al acelerador, chófer, ya son las ocho menos cinco — dice Magoun que está más impaciente que el muchacho.

La carrera toma caracteres dantescos. El auto de la Fresnel va a una velocidad de más de ciento veinte kilómetros; toma los virajes con una precisión asombrosa; parece como si el demonio ayudara a aquella mujer que va inspirada por el instinto de la destrucción y de la muerte.

Los minutos adelantan y todavía falta un buen trozo para llegar al pabellón. El auto de la Fresnel está ya allí, frente a la casita campestre, mientras la policía queda rezagada.

La señora Fresnel da vuelta al edificio y va a entrar por la puerta trasera.

En aquel mismo momento, otro automóvil pequeño se detiene, salta de él una muchacha que entra rápidamente en la

casa sin llamar, sin pedir permiso, sin miedo a encontrarse con escenas desagradables... Entra decidida, toma de la mano a Julia y le dice, mirando a Jack:

—Deprisa, deprisa, no perdáis tiempo, salid de aquí en seguida.

Es Sally que, por caminos extraviados, ha llegado al pabellón a tiempo para salvar a la pareja.

Julia y Jack obedecen sin comprender, seguros de que Sally no comete aquella locura solamente por el placer de come-terla.

—Deprisa, deprisa, más lejos, más lejos — dice Sally, sin dejar de la mano a Julia, arrastrándola a toda prisa hasta unos cuantos centenares de metros del pabellón.

—¿Qué pasa? — pregunta Julia, que está casi sin aliento

Sally no contesta y sigue corriendo hasta que se cree a una distancia lo bastante respetuosa para poder hablar.

—Dentro de unos segundos estallará una bomba en el interior del pabellón — dice Sally, para explicar su conducta.

En aquel momento asoma a la ventana la cabeza de la señora Fresnel que ha buscado a Julia por toda la casa, y llama a grandes voces:

—¡Julia!... ¡Julia!...

—¡Es mamá! — grita Julia, queriendo correr hacia el edificio.

Pero una enorme explosión, una explosión que hace trepidar el suelo y desgaja los árboles próximos, apaga su voz.

Julia, sin saber cómo, se encuentra en los brazos de Seth que en aquel momento acaba de llegar con la policía.

Sally, también sin saber cómo, se ha abrazado fuertemente a Jack.

Tras la explosión espantosa se oye el estrépito del edificio que se viene al suelo convertido en ruinas.

—¡Mamá!... — murmura Julia, asustada de aquel espanto.

—No sufras por ella, hija mía — le dice Fresnel hablándole con ternura. —Era un ser degenerado al que Dios ha dado su merecido... ¡Bendito sea El que ha salvado tu vida y la vida de Jack que han estado en inminente peligro!

—¡Es verdad, padre!... — murmura Julia, dando a Fresnel, por primera vez, aquel título de padre que él tanto había ambicionado.

• • •

Terminadas todas las dificultades, acabado aquel escándalo de horror y de tragedia que se había extendido por la Universidad, el profesor Fresnel decidió trasladar de nuevo su residencia a Europa para olvidar la amargura vivida en el país de su esposa.

Había tenido largas conversaciones con Julia y por ella había comprendido mejor toda la maldad que encerraba el alma de la que había sido su esposa y que no supo nunca resignarse a los designios de la Providencia.

Ahora, calmada ya su pena honda por las semanas que habían transcurrido desde el día en que descubrió toda la verdad, el profesor Fresnel tomaba el tren que había de conducirle a Nueva York en donde embarcaría rumbo a Francia.

—¿No volverá a América algún día, profesor? — le pregunta Seth, estrechándole la mano antes de que Fresnel suba al tren.

—No lo espero ni lo deseo... Prefiero que seas tú el que me lleve a Julia a París en viaje de novios — replica Fresnel sonriendo con ternura a su hija.

—Sí, papá, irá a verte — promete la muchacha que ha recuperado su alegría y su ansia de vivir.

—Os espero. Allí no os tratarán mal y quizás vuestra luna de miel sea doblemente dulce...

—Nuestra luna de miel ha comenzado el día mismo en que comprendimos que ya nada ni nadie nos podría separar — afirma Seth, estrechando suavemente a su novia.

Fresnel sube al tren. También han venido a despedirle Sally y Jack que se quedan en segundo término pero que le despiden con idéntica cordialidad, porque también ellos dos han sufrido y han pasado horas muy angustiosas al lado de Fresnel.

Cuando el tren ha partido ya Seth sube a su automóvil y hace sentar a Julia a su lado.

—¿Te vienes con nosotros, Jack? — pregunta.

—No... supongo que Sally me acompañará en su auto hasta casa — dice, mirando a la muchacha.

—Si tanto te empeñas... haré ese sacrificio — replica Sally, abriendo la portezuela e invitándole a sentarse a su lado.

El auto de Seth ha partido ya. Seth conduce con una sola

mano y con la otra abraza a Julia que ha reclinado sobre su hombro su cabeza fatigada de tantas emociones.

Sally pone en marcha su coche y pregunta a Jack:

—¿Enfadado?

—No... Desengañado — contesta éste, sin atreverse a mirarla.

—¿Desengañado?

—Mejor dicho, humillado; pero no les deseo ningún mal. ¡Que Dios les haga felices!

—Julia ha sido muy buena — dice Sally para romper el silencio en que los dos han quedado. —Quiso casarse contigo sólo para salvarte la vida.

—¿La alabas? — pregunta Jack, extrañado.

—Sí, porque Julia es buena y estoy segura de que hará muy feliz a Seth.

—¿Y a tí, no te hará feliz?

—¿Julia?...

—Sí, porque estando enamorada de Seth, tú no tendrás celos... supongo — dice Jack, sonriendo con picardía.

—¡Bah, los celos se acabaron!... Si no tuvieras tan mal genio sería capaz de hacer una tontería...

—¿Por qué no pruebas? ¿A ver si me enfado? — instiga Jack, que no desea otra cosa.

Y Sally, dejando el volante, estrecha con toda su alma el cuello de Jack que mira asustado, pensando que van a volcar irremisiblemente; pero el auto, por fortuna, se detiene al tropezar en una piedra del camino y Sally puede abrazar a su futuro esposo con toda tranquilidad, en un abrazo inacabable que Jack saborea como el mejor premio a todas las tragedias y a todas las angustias sufridas hasta entonces.

F I N

## Editadas

- Núm. 1. *Sublime obsesión*, por Robert Taylor e Irene Dunne.  
\* — 2. *El desfiladero perdido*, por Buck Jones.  
\* — 3. *El gran impostor*, por Edmund Love.  
\* — 4. *La vida de la Boheme*, por Martha Eggert, Jan Kiepura.  
\* — 5. *La bandera amarilla*, por Hans Albers.  
\* — 6. *Cuando volvamos a amarnos*, por Margaret Sullavan.  
\* — 7. *El tigre de Esnapur*, por La Jana.  
— 8. *La tumba india* por La Jana.  
\* — 9. *Muñecas infernales*, por Lionel Barrymore.  
\* — 10. *El cantante de Viena*, por Jan Kiepura.  
\* — 11. *Juventudes rivales*, por Charles Farrell y June Martel.  
— 12. *La marca de Cain*, por Noah Beery (hijo), Jean Rogers.  
\* — 13. *Una chica de provincias*, Janet Gaynor y Robert Taylor.  
— 14. *Siete bofetadas*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.  
— 15. *El Capitán Costali*, por Olga Tschechowa, Karl Diehl.  
— 16. *Morir con honor*, por Buck Jones y Edward Keene.  
— 17. *Baile en el Metropol*, por H. George, Viktoria Ballasko.  
— 18. *El poder invisible*, por Boris Karloff y Bela Lugosi.  
— 19. *El Rapto*, por Gustav Fröhlich y Walt Janssen.  
— 20. *Exterminio*, por Buck Jones.  
— 21. *Rosas Negras*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.  
— 22. *Jaque al Rey*, por Myrna Loy y Spencer Tracy.  
— 23. *Caballería Ligera*, por Marika Rökk y Fritz Kampers.  
— 24. *Impetus de Juventud*, por Sylvia Sidney.  
— 25. *Un mal paso*, por Keen Maynard.  
— 26. *Saratoga*, por Clark Gable y Jean Harlow.  
— 27. *Crepúsculo Rojo*, por Rodolf Förster.  
— 28. *El Trio de la Fortuna*, por Lillian Harvey, Willy Fritsch.  
— 29. *La que apostó su amor*, por Bette Davis, George Brent.  
— 30. *Catalina*, por Franziska Gaal y Anhs Holt.  
— 31. *La Rosa de los Tudor*, por Nova Pilbeam.

\* Agotadas

## En preparación

*ORIENTE CONTRA OCCIDENTE*, interpretada por  
GEORGE ARLISS y LUCIE MANNHEIM

PUBLICACIONES CINEMA

CALLE BAILEN, 154

BARCELONA

N.<sup>o</sup> 32